

LA CONSTRUCCIÓN DE LA VIDA RELIGIOSA INSERTA EN LA IGLESIA EN QUE CREEMOS

En la Selva llueve mucho, pero no todas las lluvias son iguales. Algunas se ven venir y se escuchan, y entonces decimos: “está viniendo con todo y su abuela”, lo que significa que va a caer una buena tromba de agua en poco tiempo, lo que se dice, una de las clásicas tormentas tropicales. Pero también hay otra lluvia, que no se la escucha llegar, pero que cuando se instala, no hay cuándo lo deje: es la (warmi-lluvia), una palabra compuesta por el vocablo quechua warmi y el vocablo español lluvia. Warmi significa mujer, por lo que podríamos traducir algo así como “lluvia de mujer” o “lágrimas de mujer”, lo que, dentro de una cultura machista, viene a significar: “la mujer llora por poca cosa; no le hagas caso, apenas llueve”.

No estoy aquí para hacer una disertación de la climatología tropical. No obstante, diré que las tormentas que se escuchan y se ven venir descargan mucha agua en muy poco tiempo, por lo que apenas empapa la tierra, rápidamente corre para la parte baja y busca llegar al río, donde se pierde en medio de la masa de agua del mismo. En cambio, la warmi-lluvia, esa a la que “no hay que hacerle caso”, apenas llega a formar pequeñas cochas o charcos, pues a la tierra le va dando tiempo a absorberla, aunque sea una gran cantidad. Por supuesto que esta profundiza mucho más la tierra y es más beneficiosa para el campo.

En nuestra trayectoria agustiniana misionera de Iquitos, al igual que en el devenir de toda la Iglesia, hemos tenido “tormentas tropicales” y “warmi-lluvias”, es decir, momentos que han significado un remover conciencias, métodos, medios, etc., a partir de un hecho o acontecimiento especial, y momentos no tan ubicables en el tiempo, pero que, sin darnos cuenta, nos han empapado de tal forma que ya nada es igual, o mejor dicho, que han cambiado la historia.

En los últimos años del Vicariato Apostólico de Iquitos, encomendado por la Santa Sede a los Agustinos desde el 20 de enero del año 1900 (entonces con un territorio inmensamente mayor y con el nombre de Prefectura Apostólica “San León del Amazonas”), podríamos decir que hubo dos momentos significativos casi simultáneos:

- Por un lado la llegada de Monseñor Julián García Centeno, quien toma posesión en el año 1991. La venida de un nuevo prelado era anhelada con esperanza por todo el presbiterado, formado en su gran mayoría por sacerdotes agustinos, además de algunas religiosas y religiosos presentes en el Vicariato.

- Y por otro, el encuentro de Conocoto en el año 1993, a nivel de los Agustinos de América Latina.

Incluso me atrevería a decir que podemos fundirlos en uno solo, pues sin ponerse de acuerdo, a partir de ahí se inician dos procesos de renovación en la Iglesia de Iquitos y en la vida de los Agustinos del Vicariato que son uno solo:

- Monseñor Julián nos pide que busquemos un plan pastoral que encamine al Vicariato de Iquitos a tener una pastoral de conjunto, tal y como lo pedían los documentos de la Iglesia a partir del Vaticano II. Y después de unos meses de búsqueda y análisis, la Iglesia de Iquitos optó por el Proyecto Pastoral de Renovación y Evangelización, promovido por el Movimiento por un Mundo Mejor y que, con el nombre Nueva Imagen de Parroquia, estaban llevando nuestros hermanos agustinos en la Diócesis de Chulucanas, a quienes escuchamos su experiencia y fue lo que nos motivó a hacer esta opción.
- Y, por otra parte, los agustinos de América Latina tomamos la opción de iniciar un proceso de renovación de la Vida Religiosa Agustiniiana en América Latina, con la creación del Equipo de Animación, que se propusieron el objetivo de *sensibilizar a los hermanos sobre la necesidad de un programa de revitalización*, el cual fue aprobado en Hipona con el nombre *Proyecto Hipona: Corazón nuevo*. Lo curioso es que el Movimiento por un Mundo Mejor estaba en los orígenes del mismo, por lo que la metodología empleada era semejante a la del Proyecto Pastoral.

¿Puro coincidencia?... ¿fruto de una misma búsqueda desde ángulos distintos?... ¿el Espíritu Santo actuando en su Iglesia?... “Haz, Señor, que conozca tus caminos, muéstrame tus senderos. En tu verdad guía mis pasos, instrúyeme, tú que eres mi Dios y mi Salvador”, rezamos en el Salmo 25, 4-5. Lo cierto es que la vida religiosa y misionera de los agustinos de Iquitos, en los últimos 25 años, ha estado y sigue estando marcada por estas decisiones, independientes en el tiempo, lugar y autores, pero una sola en el desarrollo y consecuencias posteriores.

¿Qué destacar de lo que a partir de ese momento se convirtió en una warmi-lluvia durante mucho tiempo? Era necesaria una revisión, como Agustinos y como Iglesia, de nuestras formas, métodos, medios y acciones. Y lo hicimos. Con aciertos y desaciertos, pero pusimos el esfuerzo para conseguir lograrlo. Voy a intentar dar algunas pinceladas de todo ello.

1. Comenzaría por decir que desde mucho antes, los agustinos de Iquitos tenían la tradición de reunirse todos dos veces al año: para el retiro y para la Asamblea Vicarial, una dinámica de comunión propicia para iniciar el proceso de Revitalización de la Orden en el Vicariato. Días en los que

se cerraban las casas pero no las parroquias y demás trabajos. Digo que se cerraban las casas porque tanto el retiro como la asamblea eran en régimen de internado. Y digo que no se cerraban las parroquias porque los laicos celebraban la paraliturgia y continuaban el trabajo pastoral.

2. A mediados de los 90 ya teníamos dificultades para conformar comunidades agustinianas con un mínimo de tres hermanos en cada una de las casas en que vivimos, por lo que se optó, después de un discernimiento, en formar una comunidad con hermanos que viven en diferentes casas, pero que van a crear espacios comunes donde vivir *“en la casa unánimes, con una sola alma y solo corazón orientados hacia Dios”*.
3. En esta misma línea de crear espacios constructores de comunidad, acordamos reunirnos todos los Agustinos del Vicariato dos veces al mes. Hay que tener en cuenta que a excepción de los hermanos que viven en Sta. Rita de Castilla, a varias horas (entre 24 y 30) de la ciudad de Iquitos, todos los demás estamos o en la misma ciudad o a hora y media de carro (Nauta):
 - a. El segundo martes de cada mes, en un centro de retiros que tenemos, Tagaste, desde las 9 de la mañana hasta después del almuerzo. Tiempo de oración sosegada, de compartir lo vivido por los hermanos, de conversar sobre las situaciones políticas, sociales, religiosas,... de la región, el país o el mundo. Tiempo de profundizar los documentos de la Orden y de la Iglesia. De hecho, los documentos A, B, C, etc., etc., fueron trabajados principalmente en estos días de encuentro en Tagaste. Por supuesto, también es el momento de estar sentado con los hermanos conversando *“del tiempo y del deporte”*, es decir, de conversación despreocupada de todo.
 - b. Y el último lunes de cada mes, desde las 4 de la tarde hasta la noche. La oración, el capítulo local por comunidades, las informaciones generales y el compartir la mesa, son las ocupaciones principales de estas tardes.
4. Al mismo tiempo se tomó la decisión de involucrarnos plenamente en el plan pastoral que estaba iniciando el Vicariato Apostólico. No podemos ser Agustinos a espaldas de la Iglesia Local; como hijos de Agustín, estamos al servicio de la Iglesia. De hecho, hasta hace pocos años, el coordinador del Equipo Vicarial de Animación Pastoral, siempre fue un agustino.

5. Aunque desde muchos años atrás, nuestros misioneros predecesores habían hecho una opción especial por los laicos, formando, principalmente en la zona rural, Animadores de Comunidades Cristianas, Catequistas, Promotores en diferentes campos (salud, agropecuaria, mecánica, derechos humanos, etc.), a partir de los proyectos de Renovación Pastoral y Religiosa, se crearon espacios, como Agustinos y como Vicariato Apostólico, para que los mismos laicos, hombres y mujeres amazónicos, vayan encontrando las respuestas a sus propios interrogantes y las soluciones a sus necesidades, y de esta manera construyan una sociedad y una iglesia amazónica, dentro del Perú y de la iglesia universal. Es el reforzar una opción por los más necesitados, la mayoría del pueblo de Dios en el Vicariato, que intenta ayudarles a ser sujetos y creadores de su propia historia.
6. En una Iglesia altamente clericalizada, en la que el sacerdote es casi más el centro de la vida cristiana que Jesús, y, al mismo tiempo, centrada en la liturgia, sobre todo en la Eucaristía, la opción por un laicado adulto en la fe, es una apuesta por:
 - Una Iglesia de Comunión y Participación, como expresión de la Santísima Trinidad, modelo de vida personal, familiar y comunitaria.
 - Una Iglesia convencida de que la salvación o es comunitaria o sencillamente no es: por lo que inicia un proceso de renovación y conversión como pueblo, no sólo como personas individuales, en la que lo importante no es llegar, sino “llegar juntos”. Pero no hacemos el camino como ovejas, con la cabeza agachada buscando la comida y siguiendo al que va delante, sin saber hacia dónde voy; hacemos el camino como pueblo y como persona-hijo de Dios, quien es consultado para decidir juntos hacia dónde camina el pueblo.
 - Una Iglesia que promueve la comunicación para que pueda haber comunión, tan evangélica y tan agustiniana. Por eso se descentraliza en zonas, organiza las visitas a las familias, utiliza los medios de comunicación antiguos y modernos.
 - Una Iglesia que vive el sacerdocio universal de todos los fieles por el bautismo, por lo que es una Iglesia ministerial, como servicio a los demás, cada uno desde los dones y carismas recibidos desde el mismo nacimiento.
 - Una Iglesia que “cree en las personas”, confía en la gente... Y no porque sean mejores o peores moralmente, sino porque Dios confía en sus hijos, sin importar los estudios que han hecho, el color de la piel o lo bien que saben expresarse.

- Una Iglesia sinodal, asamblearia, que sabe, con una actitud contemplativa, escuchar, discernir, programar y ejecutar como Pueblo de Dios, teniendo en cuenta a todos, especialmente a los que NO: no saben, no tienen, no pueden, no vienen, no...
- Una Iglesia que toma en serio la historia, la vida y la cultura indígena, aunque haya significado adentrarse en un camino en el que no controlamos la meta a donde nos lleva. Una Iglesia que busca recuperar la lengua y la cultura de los grupos indígenas presentes en el Vicariato, un camino no siempre bien visto por todos, especialmente por quienes siguen viendo la vida y la salvación con ojos romanos.
- Una Iglesia con rostro laical, teniendo en cuenta que en los lugares más alejados del centro, la presencia de la Iglesia ha sido posible gracias a los laicos, aunque no siempre hayamos elaborado una reflexión adecuada al respecto. Pero sí nos hemos abocado a la formación de los laicos, en un aprendizaje mutuo: desde la experiencia de vida de las personas (ellos y nosotros) compartimos lo que somos, lo que sentimos, lo que nos dice Jesús. En estos años hemos iniciado la Escuela de Agentes Pastorales, el curso de Teología a Distancia, el curso de Biblia a Distancia, la Semana Bíblica... todo ello orientado hacia los laicos, pero que vendría de maravillas a bastantes religiosos e incluso sacerdotes.
- Una Iglesia que forma y trabaja en equipo, con la debida capacitación en el diálogo para la comunión, el discernimiento comunitario, al igual que adiestramiento en el valor y las técnicas para favorecer la consulta y comunicación de información en comunidad. Esto sirve para todo apostolado, buscando la participación activa de personas dispuestas o preparadas, articulando dones y talentos, en función al logro progresivo del ideal asumido, por medio de la elaboración de objetivos precisos y alcanzables que el mismo equipo evalúa y redimensiona al ser necesario.
- Una Iglesia que prepara subsidios de trabajo para los equipos laicos. No es fácil hacer comprender a los sacerdotes que debemos “perder tiempo” preparando materiales (subsidios) para el trabajo que realizan los laicos. Como decía un familiar de uno de mis formadores, los curas se pasan la vida estudiando y para nada que dicen, lo leen. Y es verdad, buscamos y buscamos material a la hora de preparar una charla, una clase, la homilía... En cambio, a los laicos, le pedimos que hagan cosas y a lo más, fotocopiemos lo primero que cae en nuestras manos para la catequesis, le decimos que recen el rosario en las visitas a los hogares,... Y después nos quejamos que los agentes pastorales se desaniman.

- Una Iglesia que intenta descubrir y enriquecerse con la experiencia del Dios de Jesús que viven los pueblos amazónicos del nuestro Vicariato. Esto supone un proceso nada fácil: desasirse de seguridades, formulaciones y esquemas teológicos fuertemente enraizados, para adentrarse en la vida y espiritualidad de los indígenas. Se trata de escuchar más que de predicar; de acompañar la experiencia de las comunidades para descubrir cómo el espíritu de Jesús está presente en su vida, más que de dirigir a esas comunidades. Pero siendo conscientes que quienes optamos por esta evangelización hemos tenido que escuchar, por parte de la “Iglesia oficial”, que no estamos comprometidos con la “verdadera evangelización” y, por parte de los indígenas “que saben”, que no queremos el desarrollo (occidental y neoliberal) para los pueblos amazónicos.
- Una Iglesia que crea Comunidades Cristianas allí donde vive la gente y no en torno al cura, descentralizando los servicios pastorales que se ofrecen en las parroquias.
- Por lo tanto es una Iglesia que intenta celebrar los Sacramentos donde vive la gente, pues “toda tierra es sagrada”, especialmente aquella donde vive, goza y sufre el pueblo, los hijos de Dios.
- Una Iglesia que reflexiona sobre la sociedad que queremos construir y, a partir de ello, hace propuestas concretas de vida, de relaciones, de valores,... desde el Evangelio de Jesús.
- Por eso es una Iglesia que acompaña a los líderes indígenas en su organización, en la lucha por el reconocimiento de su territorio como comunidades indígenas y en el reclamo ambiental ante la política extractiva de los distintos gobiernos, todos ellos neoliberales, que aceptan que haya “daños colaterales”, porque a fin de cuentas, quienes viven en la Amazonía no son “ciudadanos de primera”, más bien se parecen “al perro del hortelano, que ni come ni deja comer al amo” (frases escritas por el Sr. Alan García, cuando era Presidente del Perú, Año 2,009). Es una Iglesia que renuncia al protagonismo para sean los propios indígenas los que asuman la responsabilidad social y política, pero sin desentenderse del devenir de las comunidades.
- Una Iglesia solidaria con los pobres y necesitados, organizando la caridad de modo que lleve a las personas ayudadas a sentirse hijos de Dios. Desde las mismas Zonas y Parroquias. Pero también, como Agustinos, hemos optado por tener una Asistente Social, a través de la cual se canalizan todas las ayudas, evitando así el protagonismo de los “frailes buenos” porque nos ayudan a los pobres, en oposición a los “frailes malos”, que no me dan cuando les pido.

- Una Iglesia convencida que una educación integral liberadora es la base para el desarrollo humano, social y eclesial. Es por ello que trabajamos en la educación formal: un colegio particular y 6 colegios parroquiales (convenio de la Iglesia con el Estado), varios Centros de Formación Técnica, programas de becas para niños y jóvenes sin recursos económicos... Y también en la educación no formal, con múltiples propuestas de talleres, jornadas, encuentros, de toda clase: desde liderazgo hasta reflexoterapia, pasando por promotores de salud, de derechos humanos, de los Apus de las Comunidades Indígenas, o de comunicadores sociales. Nunca será suficiente la educación de las personas.
- En fin, una Iglesia que no está centrada en sí misma, sino en el Reino de Dios, un Reino inserto en el mundo para cambiar el mundo, un Reino que busca la construcción de una sociedad más justa y de un mundo mejor para todos.

Apostar por esta manera de ser Iglesia es poner más en el centro a la persona, a toda la persona, con su integridad. Es reconocer “las semillas del Verbo” presentes en toda cultura, antes de que llegase el primer misionero y el primer anuncio. Es el reconocimiento de la historia de la salvación, del amor de Dios, desde siempre, en los pueblos amazónicos. Es afirmar que la salvación no acontece fuera de la historia de cada persona y de cada pueblo. Es el reconocimiento de la persona, toda persona y toda la persona, como hijo de Dios, con una dignidad que no se la da ninguna ley civil o eclesial, sino el haber nacido, el ser persona. Y por eso mismo, es el reconocimiento de que todos los cristianos, por nuestro bautismo, somos “sacerdotes, profetas y reyes”, con una misión especial cada uno, dentro de la Iglesia.

Apostar por esta manera de ser Iglesia es ver cómo cientos y cientos de personas, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, han estado involucradas y lo siguen estando en toda la labor evangelizadora y pastoral del Vicariato.

7. Nuestros documentos institucionales nos dicen que la finalidad de nuestra presencia en las parroquias es que *“los fieles, guiados por el Espíritu Santo, alcancen la madurez religiosa y formen una auténtica comunidad cristiana”* (CC 152). Evangelizar desde la Comunidad (CGO 98, 7-8) es la tarea, para *“hacer con los fieles un camino de fe y de formación en la espiritualidad agustiniana”* (CGO 07, 2.2.5)

Hay una oración, que en la comunidad en que vivo rezamos todos los días en laudes, desde hace varios años. Es la oración por la Revitalización de la Orden en América Latina, que es todo un programa de vida comunitaria y de trabajo, de oración y de actividad pastoral. Es el mejor resumen de

cómo vivir nuestro ser agustinos al servicio de la Iglesia inserta en la realidad concreta. De alguna manera, todo lo expuesto sobre la Iglesia por la que hemos apostado en Iquitos y que intentamos vivir está expresado en esta oración.

8. *“Los hermanos agustinos que trabajan en una misma parroquia, recuerden siempre que su mayor riqueza y su primer apostolado es la vida comunitaria, El apostolado comunitario es expresión de la santidad comunitaria”*, nos dice nuestro documento **Espíritu Nuevo** en el Apartado MODELO IDEAL DE PASTORAL PARROQUIAL AGUSTINIANA EN AMÉRICA LATINA. ¿Ha habido renovación en la vida religiosa de los agustinos en Iquitos? *“El apostolado agustiniano es, por consiguiente, una actividad externa que dimana de una profunda vida interior y de una sólida vida comunitaria”* (CC. 36). Si hemos sido capaces de hacerlo pastoralmente... pienso que es porque lo vivíamos como agustinos. En Iquitos no se puede separar Agustinos y Vicariato Apostólico, pues durante mucho tiempo, los Agustinos hemos sido el Vicariato Apostólico y el Vicariato Apostólico ha sido los Agustinos.

Iquitos es una pequeña isla en medio de la inmensidad de la selva. En realidad, Iquitos queda lejos desde todos los lados: o llegas en avión, o tienes varios días por tierra y agua para arribar. OALA nos dio la oportunidad de no quedarnos encerrados en nuestra isla, sino más bien de estar en comunicación y comunión con los agustinos del resto del Continente, en tener espacios de confrontación de ideas, de escucha y de aprendizaje. Pienso que significa una gran riqueza.

Pero la historia la hacemos las personas, no los documentos ni las buenas intenciones. Si ha sido posible el caminar agustiniano en el Vicariato y la Iglesia de Iquitos, es por las personas que aceptaron el reto, o quizás, mejor decir, que creyeron en las propuestas y pusieron toda la carne en el asador, a pesar de las incomprendiones y “críticas fraternas” de los propios hermanos, a pesar de los momentos de desesperanza, a pesar de ir, muchas veces, “contra corriente”.

Me gustaría decir que seguimos así en el Vicariato, en la misma línea, pero en cierta manera hay una corriente eclesial, previa al papa Francisco, que está más preocupada por el estatus y la liturgia, que por ayudar a descubrir el sentir desde el corazón indígena y a repensar la teología y la eclesiología con una visión amazónica.

No obstante, la esperanza vuelve a renacer con la perspectiva del Sínodo Panamazónico. El Cardenal Hummes, Presidente de la Red Eclesial Panamazónica - REPAM, dijo que el Sínodo *“será histórico, somos nosotros quienes vamos a trazar los nuevos caminos de esta Iglesia”*, y por eso *“no podemos tener miedo”* y que *“El Sínodo de la Amazonia no fue convocado para repetir lo que la Iglesia ya dice, sino para avanzar”*. Al hablar sobre los

ministerios, en la búsqueda de caminos nuevos para que el pueblo tenga más, mejor y frecuente acceso a la Eucaristía, que es el centro de la vida cristiana, decía que *"hay libertad de discusión sobre los ministerios"*, incluso sobre la posibilidad de ordenación de hombres casados, dada la extrema necesidad en la región.

Pienso que estas palabras y otras muchas que nos han dicho sobre el Sínodo Panamazónico es una invitación a la esperanza, o, por lo menos, yo quiero tener esperanza:

1. Esperanza de que "los pueblos de la Amazonia y del mundo despierten y sientan que la vida está amenazada, agredida, que la Amazonia está triste, de luto, pues cada día los pueblos amazónicos pierden las condiciones de vida, son expulsados, están siendo asesinados, están huyendo", realidades mencionadas en buena parte por el Papa Francisco en su discurso a los pueblos indígenas de la Amazonia en Puerto Maldonado, Perú, el pasado enero.
2. Esperanza de, como dice el sacerdote indígena Justino Sarmiento Rezende, brasileño *"poder **construir una Iglesia con rostros amazónicos, que sepa dialogar con las diversidades de los pueblos y espiritualidades, una Iglesia compañera de caminada, con rostro laical y femenino, con los pies en la tierra, encarnada, inculturada e intercultural, con corazón abierto, contemplativa y de gratuidad, que promueva el protagonismo de los pueblos amazónicos y que ejerza la humildad, bondad y misericordia"***.
3. Esperanza de seguir soñando, sin tener miedo a expresar nuestros sueños: la celebración de la Eucaristía, los nuevos ministerios, el papel de la mujer en la Iglesia, la misión del sacerdote en una parroquia, el sacerdocio de personas casadas... No olvidar que las comunidades cristianas en toda la amazonía se han mantenido por la vida que le han dado los laicos, no por la presencia de los sacerdotes. Personalmente, estuve 14 años en la parroquia Sta. Rita de Castilla, Río Marañón, que para recorrerla por los ríos necesitaba mínimo una semana, eso sin parar en ninguno de los más de 100 pueblos que pertenecen a la misma. La mayor parte de esos 14 años yo era el único sacerdote; si no hubiera sido por los cientos de laicos que realizaban uno o varios servicios en su comunidad, ¿qué hubiese hecho yo? Quizás sólo rezar para que fueran buena gente...
4. Esperanza de que el Sínodo nos lleve a que la celebración de los sacramentos sea de verdad celebración del actuar de Dios en la vida de las personas, y no solamente celebración de la "gracia de Dios" pero sin mucha presencia de la vida. Como anécdota podríamos anotar los famosos "avisos parroquiales", que personalmente prefiero decir

“nuestra comunidad parroquial”. Se supone que son parte de la vida de la misma comunidad, pero en la celebración de la eucaristía hay que decirlos en el momento antes de la bendición y que sean cortos (no se pone después de la bendición porque ya no queda nadie en la iglesia). Si son parte de la vida de la comunidad, ¿no deberían tener un lugar importante en la celebración de la comunidad que es la eucaristía?, ¿no sería bueno que hasta conversáramos sobre los “avisos” con la comunidad reunida?

5. Esperanza de que el Sínodo pueda encontrar la respuesta a la pregunta: ¿Cómo hacer que el evangelio de Jesús sea Buena Noticia para las personas concretas de la Amazonía, en el campo y en la ciudad, sin la presencia de un sacerdote, pero sí con la celebración de los sacramentos, signo de la gracia de Dios?
6. Esperanza de que superemos los prejuicios del colonialismo, que desconfía de los cristianos de la Amazonía, y se puedan conceder ministerios a quienes por mucho tiempo los vienen ejerciendo.
7. Esperanza de que el pueblo de Dios tenga “mucha voz y voto” a la hora de elegir a sus sacerdotes y obispos, para que “hacerse cura” no se vea como “hacer carrera”. *“Un sacerdote sólo no puede hacer comunidad, pero sí puede deshacerla”*, dice un amigo.
8. Esperanza de que el Sínodo Panamazónico rompa con el clericalismo, *“manera anómala de entender la autoridad en la Iglesia -tan común en muchas comunidades en las que se han dado las conductas de abuso sexual, de poder y de conciencia-,... esa actitud que no sólo anula la personalidad de los cristianos, sino que tiene una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente.”* Pues *“El clericalismo, favorecido sea por los propios sacerdotes como por los laicos, genera una escisión en el cuerpo eclesial que beneficia y ayuda a perpetuar muchos de los males que hoy denunciemos.”* (Carta del Papa Francisco al Pueblo de Dios, 20 de agosto de 2018, sobre los abusos sexuales). Sólo el papa Francisco ha tenido la valentía de juntar en un mismo saco los abusos sexuales, los abusos de poder y los abusos de dominar las conciencias. Cristo no quiso una Iglesia clerical, pero es el tipo de Iglesia que se impuso y que sigue vigente. ¿Hasta cuándo? ¿Cuándo será real y efectiva la corresponsabilidad de los laicos?

El papa Francisco se ha servido del texto evangélico *“el vino nuevo pide odres nuevos”* (Mc 2,22) para hablar sobre las reformas estructurales. El vino está siendo renovado y revitalizado y presenta la novedad de Jesús y su proyecto. Los odres son las estructuras. Una espiritualidad sin las debidas estructuras hace

que todo siga igual, que nada cambie. Sin querer ser pesado, vuelvo a insistir en que necesitamos cambios estructurales en la tarea de los laicos, el rol de la mujer en la iglesia, el modo de ejercer la autoridad, el lenguaje adecuado al anunciar el evangelio, al celebrar y al presentar la moral y algunos de los contenidos de la misma.

En una época en la que lo que ocurrió ayer ya es muy antiguo, me atrevo a recordar algo antiquísimo, poco más de 50 años, como es el Concilio Vaticano II, que nos pidió pasar de concebir la Iglesia como una sociedad a concebirla como una comunidad que busca comunión. Pasar de una eclesiología societaria a una eclesiología de comunión, de una concepción jerárquica a una participativa.

Porque creo en la Iglesia es que tengo esperanza y quiero seguir teniéndola. Y porque creo en los Agustinos es que renuevo esa esperanza cada día. El Sínodo Panamazónico, los 50 años de OALA, la vida,... todo debe ser una oportunidad para volver a replantearnos cada día nuestro ser y nuestra presencia, nuestras formas de vivir lo que es el fondo de ser cristianos como hijos de San Agustín. El planeamiento de un Sínodo que no es para un país o para un grupo de países, sino para una región conformada por partes de nueve países, quizás nos debería llevar a plantearnos también nuestra estructura como Orden, casi siempre fundamentada en Provincia como país. Tal vez puede ser el momento de que la universalidad de la Orden se exprese en la desaparición de fronteras territoriales en sus mismas estructuras. No sé por qué me parece que uno de los objetos iniciales de la OALA fue precisamente ese, ser y vivir más allá de nuestras propias Circunscripciones, aunque las experiencias no hayan sido precisamente exitosas, como nos muestra nuestra propia situación en Cuba.

Que nos dejemos guiar siempre por nuestro Padre San Agustín en la reflexión de cómo ser agustinos hoy día en el lugar en el que estamos.

P. Miguel Fuertes Prieto, OSA
Iquitos